

The background of the cover is a deep purple with a white circle in the upper center. A vibrant rainbow with multiple bands of color (red, orange, yellow, green, blue, purple) curves across the bottom and left sides of the image.

Arturo Mora-Morales

Nació en Tovar, Mérida, en 1955. Periodista, poeta, narrador, ensayista, fotógrafo y promotor cultural. Presidente de la Asociación de Escritores de Mérida. Director de las revistas *Casa de la Fragua* y *Al pie de la letra*. Moderador de programas de opinión en radio y televisión. Autor de los poemarios: *Marzo* (1985) y *Ladera Interior* (1995). Ha publicado en narrativa los libros: *Los espejos divergentes* (1997); *Baladas del agua* (2003); *Cortejos de la tarde* (2003) y *Sebastián* (2007).



Arturo Mora-Morales

Arturo Mora-Morales estructura sus relatos en este libro, acompasando la imagen con la palabra, buscando la perfección de la metáfora, lo cual logra en forma magistral. La utilización de las técnicas narrativas más novedosas está presente en estos cuentos, que se aproximan a la universalidad temática, entendida ésta como un aparente alejamiento de lo local y regional. Ejemplo de ello es el cuento *Noite do carnaval*, en el cual la “interferencia” de un idioma moderno distinto al español, llega a estar presente. Otro relato que podría ser ejemplo de lo dicho es: *La eterna noche de Ekaterimburgo*, en el que “El zar Nicolás II de Rusia... soñó con un palacio de habitaciones abiertas solamente hacia un punto donde la nieve impedía todo acceso”.

Se pudiera decir que estos relatos de Mora-Morales, son productos de una intencionalidad, para llevar al lector hacia un punto donde confluyen la realidad, el sueño y la pesadilla, recordándonos los mejores episodios dramáticos de Edgar Allan Poe, el creador del cuento de terror del siglo XIX.

Arturo, con estos relatos, reafirma su condición de fiel representante de una tradición poética y narrativa, cuyo origen está en la ciudad de Tovar, pero que se extiende hoy día más allá de las fronteras patrias.

José Gregorio Lobo





Noite do carnaval

La noche vino con él desde la favela. Con su centelleo azul y esa atmósfera de samba tensando la brisa. Tomico es otro. Su rostro ha sido redibujado por el tornasol de los afeites. Piel y ropas, escamadas de lentejuelas doradas y escarlatas. La calle, más agitada que otros años, es tan cálida como el cuarto donde ahora debe estar Isaura. El retumbar de la música se alterna a cada tanto. Un carruaje renueva otro, y éste viene con alegría de bumbás y frenéticos cuerpos morenos, ebrios de baile. Debe abrirse paso. Hasta el Melkinho Bar hay tres cuadras aún. Alguien le ha sujetado suavemente un brazo y le ha llamado por un nombre extraño: “Mundinho”. Él parece asentir con un parpadeo lento y avanza, sin dar tiempo a diálogos. “Mundinho -piensa-... Mundinho; buen nombre para una noche”. El esplendor del neón tiene atavíos distintos y la estridencia de los altoparlantes es un alborozo martillante de tambores y bongoes, que apagan el sentido de los cantos multitudinarios. En uno de aquellos carruajes fastuosos ve agigantado a Guarací, la imponente figura solar de sus años de infancia. Guarací danza en el centro de una decena de rarezas, que no han logrado -pese al maquillaje- travestir sus feos y viriles rostros. Otro carruaje es presidido por Sací Pererê; con su sola pierna, su único ojo, su solo brazo, su única oreja, su cachimba encendida y su eterna caperuza roja. Las mulatas roban el

.





aliento. Sus caderas acompañan el ritmo de los músicos, contornan lujuriosas, cimbreantes, su erotismo hasta el delirio. Desde el techo de una baja edificación, un pájaro de multicolor plumaje contiene su prisa: es Uirapurú. El Uirapurú de los días juveniles. Una noche como ésta, con Uirapurú radiando entre la multitud, conoció a Isaura. Era impresionante verla con aquella hoja de parra, cubriendo como Eva genésica, su soberbia desnudez. Claro que eran otros tiempos: Isaura es un asunto pasado. Ahora, sin ella, continúa viva el alma carioca y ese inefable misticismo, que adherido muy adentro, aquí sale por la boca, por la piel, con un desenfado irracional. Por la calle brama la alegría, y la hiperacústica es un caos necesario, un ruido demente que salta con furia de los tambores y bongoes.

Tomico sabe cuán cerca está. Deja atrás el caudaloso río humano, la desbordada excitación. Adelante está el neón intercadente del Melkinho Bar. Adentro estarán Ribeirito y Eça de Falcao, esperándole. Muestra en la puerta el pase y sigue hacia la barra. Eça le ha reconocido. Le llama con la mano y Tomico, aturdido por el satánico rugido interior, traza una ruta imaginaria entre la muchedumbre. Ribeirito le sonrío detrás del antifaz. Puede ver su boca de lozana dentadura y escucharle la habitual gentileza: “¡Caro amigo! Brindemos esta noche”. A Quinquina la supone perdida entre el gentío. Sabrá reconocerla por aquella silueta que es un dejo de Isaura; por el aroma a Chanel, nadando en la brisa. Ribeirito lo ha dispuesto todo. Quinquina es su cuñada y la tarde anterior, en el Café express, Eça, el hermano de las inefables gauchadas, arregló el encuentro. Un mediodía de éstos, al pasar por su lado, ella le vio fugazmente a los ojos y entonces Tomico pudo advertir en esa mirada la soledad que se ofrece desde la primera vez.





Tomico busca avistarla, mientras abreva en la copa. Puede verla toda desnuda: ébano dibujando espiras trémulas con su vientre. Debe ser ella, sin duda. Su silueta de Isaura retomada es casi una alucinación. Se acerca. Siente su aroma. Se planta frente a ella y decide aliterar sus contoneos. Lo intenta una primera vez y se intuye perdido en aquella cadencia. Vuelve a ensayar y repara en sus ojos cerrados, detrás de la máscara. Abismada en el trance, su cuerpo es camino de recónditos y sinuosos arrebatos ordenados por el tam-tam. Su piel parece encender o apagar, en el vilo de los decibeles, la lozanía. Y su cabellera iguala la furia y vigor de los bongoes. Tomico encuentra el paso. La samba los junta. Ella no le ha visto. Su cuerpo tal vez le ha percibido; o al menos, así lo cree él. Por un segundo el ritmo desfallece. Ella abre sus ojos y lo ve frente a sí. Pero el frenesí continúa y no podrá parar.

Allí, como la primera vez de un lejano día, entregándose como el mítico Guarací, que fertiliza la vida, está Tomico: todo promesa. Todo gesta. Hasta que muera la samba.





El naufragio

El mar tenía ese aspecto terrible que precede a las tormentas. El cielo, oscuro y sin estrellas, se rasgaba en parpadeos de luz y atronadores rayos. Las últimas gaviotas habían tomado el rumbo de los lugares altos y si no fuera por los escándalos del cielo, diría que todo estaba tranquilo. ¿Qué hacía él a esa hora, un poco más de las diez, en los muelles? Había corrido un largo trecho desde la carretera, tras el ilusorio parpadeo de la ciudad. El carro, hecho un amasijo de metales, había ardido hasta que las llamas parecieron sucumbir, agotadas por sí solas.

Desde la solitaria vía, contra la oscuridad, pudo advertir la clara sombra de los almacenes. Atravesó los rieles y durmientes de un abandonado camino de trenes; cruzó una alambrada, un fiasco de metales olvidados en los yerbajos y poco después se vio frente a la alta pared metálica de un maloliente depósito. Con el manajo de llaves -no encontró una piedra cerca- golpeó primero con discreción la cerrada puerta, cada vez más duro, hasta que su acritud, del todo inútil, lo forzó a desistir.

El mar se hallaba por allí en algún lugar, tras la tortuosa tiniebla. Podía sentir sus aromas de sal esparcidos en la brisa. Adivinaba el perfil de los andenes y, detrás de éstos, las acalladas grúas.

La noche densa y sólida retumbaba en algún punto impreciso con oleajes regulares. Sentía el abrasivo espesor

.





del aire en suspenso, el olor inmundado del caucho fundido, y ya la sed comenzaba a afanarlo. El fuego, cebado antes por las alfombras, la goma espuma de los asientos, la piel de los tableros, seguía devorando de otra manera, entre inmensas volutas de negro humo, los neumáticos. Por un instante recordó con pena la botella de agua que, urgido por el afán de sofocar el incendio, había destrozado contra la carrocería.

A tuntas anduvo un rato más. Su voz gastada de gritos sólo se articulaba adentro. Nadie la oiría. Una bita de amarre o un mojón lo sacó de las cavilaciones y pudo entonces escuchar el lamido del mar en las arenas. Poco después comenzarían las luces parpadeantes del cielo a embrollarlo todo. Primero fue un fucilazo. Un raudo fulgor que ofreció el panorama de una bahía solitaria. Después un relámpago, un rubor como de luz que muere en su punto de origen y, a sus espaldas, un paisaje lunar sin galpones ni grúas ni nada.

El mar en noches como éstas es metódico con sus rumores. Sabe que estás allí, sabe de tu soledad y por eso te habla con esa profunda voz de cuernos inauditos. No pretende acompañarte ni tampoco busca hurgar tus miedos. Sólo te deja elegir entre tus pensamientos y su áspera resonancia.

De pronto el mar, es decir, una larga urbe que parecía perderse en el horizonte de la bahía, se iluminó con un jolgorio inusitado. Se encendió y su brillo volvió a apagarse. Por largo tiempo, con el corazón inquieto y la cabeza anestesiada, se quedó mirando hacia ese lado oscuro del mundo. El brillo, soliviantado, volvió a erguirse y con él un estallido de voces, como el resonar de un suburbio que volvía del suspenso a la claridad artificial de sus calles y plazuelas. Y así se quedó indefinidamente. Sabía que todo



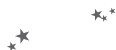
estaba en su mente. Algunos hombres mueren de sed frente a los oasis de su imaginación y él estaba frente al suyo, perdido entre la confusión de la noche, burlado por una bahía que le había mostrado primero una distanciada ciudad, un inexistente muelle y después un mundo emergente de engañosas luces azulgranas. Tanta certitud de lo ilusorio y no obstante, la duda. ¿Y si fuera verdad? ¿Y si aquel lugar de asombro sostenido sobre las aguas como una ciudad de palafitos, había salido de una adversa oscurana temporal? ¿Y si estaba dejándose cegar por su racionalidad? Rodeó la orilla. Orientado, esta vez por las luces del cielo y los resplandores viales, buscó alcanzarlo. El camino por las arenas ponía distancias inabarcables entre él y la iluminada comarca. Mientras más se acercaba, más lejos y más interiorizada en el mar se mostraba. La desilusión, el cansancio, las horas perdidas le atajaron. Regresó hasta el punto de partida y allí la avistó como antes. Tomó el rumbo opuesto, y la experiencia fue la misma: más distante e irreal. Volvió sobre sus pasos. El mar estaba invitándole a seguir el ángulo refulgente que se abría sobre sus ondas. El cielo, con su ruda violencia la mostraba más real y altanera: con la blanca verticalidad de sus edificaciones y calles iluminadas. Se lanzó con brazadas muy lentas al principio. Un poco después la visión casi mágica de aquel lugar alucinante le dio bríos y lo fortaleció, a tal punto que había perdido la noción del cansancio. Nadó tras ella poco más de media hora y con cada segundo transcurrido su luz se hacía más intensa. Fue entonces cuando agotado decidió alcanzarla, no por la superficie, sino bajo las aguas. A intervalos emergía para vaciar sus pulmones y tomar oxígeno nuevo. El mar cálido, iluminado por aquella ciudad, estaba mostrándole un mundo íntimo, seductor. Por unos





momentos vaciló en su empeño. Aquél era un fondo con una dimensión extrañamente ajena de toda orilla. Un fondo establecido sobre unas arenas tan blancas y con aguas tan transparentes que era fácil abarcar con una sola mirada sus profundas fosas y sus paisajes sembrados de algas amarillas e iridiscentes. A unos metros bajo su cuerpo podía ver los restos perfectamente conservados de un naufragio: un barco inmenso, tan largo como un trasatlántico. Un poco temeroso, emergió para tomar más oxígeno y pudo entender lo que su racionalidad había tratado de alertarle en la playa. Allí ni en ningún lugar lejano estaba la ciudad que buscaba. Afuera todo estaba oscuro. El cielo sin sus luces parecía haberse calmado. Sin embargo, el mar continuaba iluminado y la luz, evidentemente, venía del fondo de aquel naufragio. Volvió a sumergirse una vez más y pudo ver sobre el casco de proa, desvaídas, las bermejas inscripciones de un nombre. Volcado sobre su derecha, y con el mástil roto, yacía con una buena parte de la popa bajo la fina blancura de las arenas del fondo. Profundizó un poco más su inmersión y al llegar a él, pudo ver que en su interior todo parecía agitado por una tragedia reciente. Sus claraboyas cerradas dejaban ver los camarotes llenos de agua. Un montón de hojas blancas desde el fondo buscaba algún camino ascendente. Se detuvo un instante frente a una de aquellas claraboyas y la visión de un hombre flotando adentro lo paralizó.

Armado de valor volvió a sumergirse por tercera vez. Entonces pudo ver claramente escrito en grandes caracteres rojos el hermoso nombre de su mujer sobre la proa del barco muerto. Buscó el ojo de buey donde antes había visto al hombre flotando y cuando tocó su aro de metal, pudo encontrarse cara a cara con su propio rostro.





El cabello libre flotaba cubriéndole parcialmente los ojos. Llevaba sobre la muñeca el viejo reloj de sus afectos. El camarote apagó sus luces. Poco después el barco todo volvería a la noche.





El sueño

Como si hubiese escapado de una realidad atroz, Luis Ravel, el célebre autor de *Las Invencciones de Merryll*, *Detrás de estas barricadas* y de *La serenidad bajo dos metros*, despierta de su sueño, confundido y exhausto. Los batientes de la ventana de vidrio, frente a sí, apenas visibles a sus ojos hipermétropes, le dejan ver el gris aplomado del cielo de la ciudad. Al fondo de aquel enjambre de techos oscurecidos podía suponer la vieja Catedral.

Luis busca las gafas entre la tiniebla de su pobre visión. En una mesa de noche, al lado de la jarra vacía, las encuentra. La cama, la perspectiva del cuarto, y la forma de la araña de cristal pendiente del rosetón, le parecen sorprendentes. Se pone los lentes y escudriña con detenimiento el techo de dos aguas, su estructura de madera. Por un instante, sólo por un instante, su conciencia se deja arrastrar por la corriente de un repentino vértigo: el travesaño nacarado, horizontal entre pared y pared, le recordó la imponente viga donde dos minutos antes, -en medio del estupor del sueño- su cuerpo se balanceaba pendiendo de una soga. Llevó ambas manos a la frente, las deslizó sobre los cabellos empapados, y cuando se disponía a bajarlas para palanquear su incorporación vio en los vidrios de unas ventanas, al fondo de las suyas, el bisel de las imágenes furiosas: dos águilas enfrentadas en una lucha airada; la imagen difusa que sus ojos de soñador, desde





el tablado, le habían ofrecido bajo la tozudez de la lluvia. Mayor asombro aún sintió frente a la serie de barrotes que llenaban verticalmente el vano de la única puerta y se repetían en menor escala al fondo del ventanal.



El sueño, como el rodaje de un filme verosímil, se había desarrollado con interpolaciones surrealistas: la metálica resonancia de los vehículos blindados, el acompasado e inconfundible vigor de los pasos uniformes, el silencio de la ciudad muda de temor o de sueño, los últimos disparos de la artillería hacia el interior del Palacio. Su itinerario de prófugo y detenido había sido fijado por el azar. Hasta muy tarde estuvo reunido con Karol Gierek, el personaje de su novela *Detrás de estas barricadas*. No entendía las razones de aquella reunión ni podía recordar sus pormenores. Gierek no era más que una ficción, una figura trágica, a quien, en el último capítulo de su libro, había dejado olvidado para siempre en la prisión de seguridad de Dartmoor.

La condición de ubicuidad de los sueños a veces permite observarlo y saberlo todo sin que eso sea conflictivo con nuestra lógica. De un momento a otro, después de fumar un último cigarrillo y sin un propósito, había bajado de la buhardilla por una escalera removible, y al llegar a la calle supo lo que minutos después ocurriría en la casa; aquello que en su novela, en una línea, como una insinuación difícil, como una clave, le había asomado al lector: Karol Gierek, delatado por la llamada de un novelista, caería en las garras de la policía secreta. Mientras avanzaba en la penumbra de alguna extraña calleja vio la ocupación sigilosa, la búsqueda diligente por los bajos y recodos de la casa. Vio las bayonetas en su labor desmanteladora: rompiendo los batientes de las puertas; las vio atravesar



los umbrales y techos, romper los enlucidos, derruir los frisos, cariar el parqué. Vio el descubrimiento de la falsa pared, su demolición y la franca abertura hacia la encubierta buhardilla. La callejuela nebulosa le llevaba por un sendero distanciado del lamento de los perros. Los adoquines, invisibles, eran advertidos por sus pasos que, de cuando en cuando, golpeaban algún borde irregular de la superficie. De pronto, al pretender atravesar un cruce, se sintió perdido. En este momento la realidad le pareció asaz exagerada: había andado por unas calles desconocidas con la confianza del ciego en su propia casa; y ahora ante el familiar pasaje de su residencia se sintió presa de las dudas. Su casa, o lo que parecía serlo, estaba oculta por la línea de camiones y la artillería instalados a lo largo de la calzada. Dos sombras montaban guardia con sus fusiles en ristre. Quiso detenerse para retornar sobre sus pasos, pero como halado por una invisible fuerza, inercialmente, se dejó llevar hasta el punto donde las reflexiones de la luz hacían inevitable su avistamiento. El áspero llamado de una voz lo detuvo. Después todo se apagó y pudo verse en un trecho de extraordinaria lasitud, avanzando en rodada, como una madeja que se enrolla y desenrolla. Sintió bajo su cuerpo la fría y despiadada textura de la plancha de metal, el ruido de un motor sofocando el silencio, los golpes -como ajenos- de su cuerpo en la certitud de unos ángulos; el desaceleramiento, el frenazo suave, la sólida violencia de una bota en su estómago, el aire inasible escapando por su boca, las piernas inmovilizadas en el aire, los brazos desvencijados y su humanidad arrastrada como un fardo desde la hendidura de las axilas.

El surrealismo de su sueño estaba expuesto en la visión de un mismo plano: una tarima de madera había sido





levantada en medio de un patio cercado por una alambrada. Bajo aquella estructura de pilastras de madera, de forma transversal, fue puesto un sólido madero. De éste pendían cadenas de hierro con ganchos en sus extremos inferiores; de estos ganchos, unos diez, colgaban seis cuerpos. Se vio en medio de ellos. Antes, había vivido la agonía de un juicio muy breve y su posterior fallo: le habían llamado no Luis, sino Karol. Le habían hecho rodar por una escalera. Cinco hombres con las culatas de sus fusiles le habían golpeado con furor hasta el desmayo. Alegó a su favor su sincero anticomunismo. Les recordó su nombre Luis Ravel Lainoz; sus servicios como profesor de la Academia Militar, los libros publicados y aquellos por escribir. El canto de una culata rompería el molde externo de sus labios y callaría su boca. Vio la soga rodeando con aspereza su cuello; sus manos y pies atados con rudeza; el escotillón bajo su cuerpo trémulo, a punto de abrirse. La dura lluvia que lavaba su rostro ensangrentado, y ante sus ojos dos águilas en el bisel de una ventana devorándose mutuamente.

Cuando Ravel Lainoz despertó de su sueño y lo repasó, lo primero que hizo fue alegrarse por descubrir que todos sus dientes estaban intactos «Despertar -pensó- nunca fue tan oportuno». Una sola cosa le inquietaba: el cerrojo externo de la puerta de barrote que se abría, los cinco hombres que se apostaban a la entrada y la voz del sargento que le ordenaba: «Te llegó la hora del canto, camarada Gierek».





La eterna noche de Ekaterimburgo

El zar Nicolás II de Rusia, una noche de fiebre, soñó con un palacio de habitaciones abiertas solamente hacia un punto donde la nieve impedía todo acceso. Al abrir un sendero de escape, éste concluía en el interior de una extraña residencia de Ekaterimburgo cuyo frontispicio estaba cercado por una empalizada de abedules. Nicolás Romanov descubrió entonces que junto a él se hallaban la zarina, sus cuatro hijas y el pequeño zarevich, Alexis. Quiso explorar la disposición de aquella propiedad, nada similar a las suyas, y reconoció la imposibilidad de alguna salida. Cada puerta parecía conducirle al mismo sitio y alrededor de éste se proyectaban inaudibles algunas murmuraciones y susurros de sus carceleros.

Nicolás II, en la primera parte de aquel sueño, se vio frente a un grupo de cosacos que reclamaban para sí la revolucionaria honra de su ejecución. Le señalaban con no poco esfuerzo -la jerga era tan oscura como la de aquellos hombres de su guardia, oriundos de las bajas regiones del Don- la legitimidad de su justicia. La revolución cambiaba los mandatos divinos: su Dios había trasladado a la canalla todo su poder imperial. Trató de gritar, pero cuando abrió su boca lo único que pudo articular fue el nombre de dos de sus hijos: Alexis y María.

Se despertó bañado en sudor. La fiebre parecía haber alterado su conciencia y, por un instante, dio gracias a Dios





por lo que había sido sólo un mal sueño. Volvió a dormirse y fue entonces cuando se halló con la nieve infranqueable frente a las puertas del palacio, lo que no dejaba de parecerle un absurdo contrasentido de julio. La siguiente prueba de su sueño era despejarla. Con las manos abrió una vía, una cavidad en línea recta y ascendente hasta la superficie y ya al final de ella dio con las habitaciones de la extraña finca de Ekaterimburgo. Su mujer y sus hijos parecían temerosos al principio, pero había logrado calmarlos convenciéndolos de que toda aquella pesadilla del encierro no era otra cosa que la conformación de una visión a la que ellos habían sido arbitrariamente agregados y de la que saldrían una vez volviese a despertar. “Los sueños, en todo caso, -les dijo- no son más que una idea transitoria en nuestra mente. La realidad, mucho más hermosa, se encuentra siempre antes y después de ellos”. De cualquier manera, y pese a los esfuerzos de Nicolás por reorientar sin exaltación aquel destino, siguió confinado entre aquellas paredes con ventanas que miraban hacia una tupida valla de muertos abedules.

Cuando Nicolás se sintió acorralado ya por la desesperación, la voz de uno de sus soñados captos vino a calmarlo: “Antes del amanecer -le dijo con un hilo de voz- vendremos a rescatarte, no te afanes más”.

Reconfortado buscó su rostro en un espejo y en vez de su imagen vio los cuerpos afantasmados de María y Alexis, perdidos en una irreconocible nada de la espesa taiga.

Al despertar vio con sorpresa que la mañana aún no había llegado y que en torno a él y su familia se alzaba una veintena de brazos que lo ayudaron a levantarse, lo empujaron por un angosto corredor hacia el bajo nivel, apenas reconocible, de aquella propiedad y que a





empellones, hacia un mismo albur, le separaron de los suyos. En la irremediable estrechez de los minutos finales no pudo, aturdido aún por la fiebre, entender cómo en el ínterin de las dos partes del sueño, fue incapaz de revelarse a las fatigas de la noche. Cómo sucumbió a la falaz confabulación de sus alucinaciones y permitió su materialización; a tal punto, que ahora era irrazonable volverse con los suyos hacia aquel universo paralelo de Petrogrado y su palacio de invierno donde quedó su vida y probablemente el amado sol del verano.





Linda llegada con la lluvia

Hay realidades tan seductoras que por ley de la fascinación deben estar hechas del mismo material con que a veces fabricamos los sueños. En cambio algunas invenciones resultan tan originales y creíbles que la verdad frente a ellas nos parece un insulto. Yo no sé si Linda es una cosa o la otra, o si sólo es parte de ese acomodo de la alteridad que a veces se corporiza y se hace carne para vivir entre nosotros como habitante de un limbo, cuyas fronteras no deben franquearse, so pena de ser recludo en uno de esos internados para lunáticos. La noche que por primera vez la vi, caminaba -el impermeable sobre el brazo- descubierta bajo un frío aguacero. Aquello me pareció la cosa más graciosa del mundo: ataviada con un vestido que las ambarinas luces de la calle me hicieron ver de un color violáceo, aligeraba el paso por la acera contraria, guareciendo sólo con la caperuza plástica, el cabello evidentemente recogido.

¿Qué hacía yo en medio del aguacero y a sólo seis pasos de la plaza, una noche lluviosa? ¡Pues qué voy a saber! La soledad inventa sus ratos de ocio y estos trascienden a veces las interpretaciones de la propia razón.

Una tarde, al salir del teatro, volvería a verla en el estacionamiento: su cabellera dorada hacía juego con la bufanda de negra lana tejida que liaba con descuido a su cuello, con el vestido de una sola pieza, y las medias de





impares tonos. Había registrado el bolso en busca de algo y extraído únicamente el boleto de salida. Yo esperaba mi turno para pagar. Vi cuánto demoraba y me apresuré a saldar su deuda.

-Es un préstamo - le dije, con sincera cortesía.

-Dejé el monedero olvidado en casa. Muchas gracias- aceptó agradecida.

- Cuídese de llevarlo otro día, para que me pague- repuse extendiéndole la mano.

-Soy Linda - me dijo.

- Es una verdad perfecta. Y -agregué al despedirme- un inmenso placer.

Días o meses después, no recuerdo exactamente, la poetería improvisó un encuentro en la tienda de libros. Si mal no recuerdo, todo lo habían planificado Giandoménico, Jasmil y los demás amigos. Aquella fue una noche de furiosos resplandores y frío aguacero, de calamitoso andar sobre las torrenteras de la calle y los enredos de la niebla. De manera tal que, cuando toqué la vieja puerta de madera y Giandoménico vino a recibirme con una copa de oporto, era algo tarde.

-Tomémonos ésta por todos nosotros, poeta.

Apuré el primer trago -de cuerpo medio y sabor armonioso- y por entre hileras y anaqueles atiborrados de libros pasamos hasta una sala intermedia donde mis amigos departían con tres mujeres. Dos de ellas eran conocidas: Noris y Lilí. La tercera me pareció un tanto familiar aunque, la verdad vaya delante, no sabía ubicarla. Ella vino a mi encuentro y con voz sonora me dijo:

-Tomé mis precauciones, esta vez si traje el monedero.

Aquella noche, sin tiempo para hablar, no cruzamos más palabras. A ratos la vi en el grupo de Edmundo, Jasmil y Juan



Ramón. Un poco después con Giandoménico, Hermes y Gonzalo, quien también llegó rezagado. Se formaron dos o tres corrillos -no recuerdo muy bien- y entre copas, canciones y poemas, nos dio la una. Giandoménico, Juan Ramón y Jasmil, se despidieron con premura, pues debían viajar hasta Los Valles. Noris también se despidió, no sé si para irse con ellos. Nadie más salió de la tienda de libros. Lo sé porque les acompañé hasta la puerta y vi a Hermes cerrarla con doble llave. Afuera la lluvia había cesado. Adentro quedamos los demás: Lili, Edmundo, Gonzalo, Hermes y yo. No entendí por qué me pareció más vacía la estancia. Un rato después, media hora a lo sumo, noté su ausencia. Primero la imaginé en el lavabo. Después, cuando volví a caer en cuenta de su vacío, la supuse, en medio de uno de aquellos pasillos, inmersa en alguna lectura furtiva. Creo que vaciamos unas cuantas copas más y hasta tuve el valor de leer, o recitar, una décima ajena.



Al final de la noche o a comienzos de la mañana, pues serían las cinco, la reunión se terminó por agotamiento y nos dijimos adiós. Hermes nos acompañó hasta la salida, cerrando tras nosotros la puerta. La hoja de madera aún resonaba en el silencio cuando, con verdadera preocupación, le pregunté a Lili:

-¿Y Linda, va a quedarse?

Lili me dirigió una mirada escrutadora y sin responder me interrogó:

-¿Tomaste una copa extra, Luis Felipe?

Me sentí estúpido. Estaba claro: Linda y Hermes eran pareja o algo parecido y ahí estaba yo, preguntando con excesiva confianza por ella. No quise mirar la cara de Hermes, pero hubiera jurado que la mía ardía encendida de vergüenza.





Los días a veces tienen sentido. Lluve porque sí; porque el cielo desde el amanecer se muestra rebelde a la luz y hay amagos de agua en la brisa. O llueve porque no; porque el calor es tan intenso, que la lluvia viene a ser como una bendición; y así, de tan necesaria, nos parece legítima y bienvenida. Aquel día llovió porque no. Había tomado el paraguas para ampararme de un sol implacable, rabioso, y así de repente, sin ton ni son, cayó un aguacero. Me disponía a cruzar la avenida, atendiendo la verde luz de los peatones, cuando sentí que alguien se internaba bajo el ala de mi paraguas y me liaba la cintura con un brazo.

-Hola Luis Felipe! - Me saludó Linda, notablemente radiante, pese a sus ropas mojadas.

-¡Hola, qué destino más húmedo, el nuestro!

-¿Cómo así, amigo? ¡Explícate!

-Es simple, Linda - le dije mientras tomábamos la acera-La primera vez que te vi era de noche y, como ahora, caía un aguacero

-Perdón, pero ¿la primera vez no fue en el estacionamiento?

- Sí, y no. Esa fue la primera vez que tú me viste. En cambio a mi me ocurrió antes, como te dije, por los alrededores de la plaza. Me pareciste muy graciosa, con tu impermeable colgando del brazo y la capucha cubriéndote el cabello. Y a propósito, Linda, te esfumaste aquella noche en la tienda de libros.

-Me miró asombrada, interrogativa más bien.

-La noche aquella con Noris y Lilí. Con Edmundo, Gonzalo y Hermes. ¿Recuerdas?

Linda continuaba bajo el paraguas, mirándome esquivo con su cara de asombro. Y en medio de su confusión, atiné a agregar:



-¿Recuerdas que me dijiste haber tomado precauciones y llevar contigo el monedero?

-¡Ah es eso! ¡Te debo cuatrocientos, lo olvidaba!

-¡No, Linda, por Dios, déjalo!

-Bueno, como quieras... Hasta aquí te acompaño, Luis Felipe. ¡Ya nos veremos, *ciao!*

La vi alejarse con premura hacia otra calle, sin dar tiempo a más diálogo.

En la siguiente jornada del Consejo Editor, le pregunté a Hermes por ella.

-Humm, Linda... -vaciló por unos segundos- ¿Y quién es Linda, Luis Felipe?

-Es alguien a quien creí conocías... discúlpame, viejo.

-No te inquietes- me dijo comprensivo.

A Giandoménico, a Juan Ramón y a Jasmil, separadamente, les pregunté por Linda, la rubia mujer del estrecho vestido aceitunado que hablaba animadamente con ellos, aquella noche en la librería. Cada uno me dirigió una mirada de preocupación. No insistí más.

Tiempo después, una tarde de agosto, bajo un sol intenso, volví a verla frente al Diamante, entretenida en la vidriera. Bajé la acera, dejé pasar dos carros y cuando me disponía a cruzar la calle para abordarla, vi el frontal de la joyería íngrimo, con la ventana del exhibidor despejada de curiosos.

No estoy seguro de haberla visto otra vez. Algunas noches de lluvia salgo a la calle, por los alrededores de la plaza, esperanzado en un casual encuentro con ella. Y no. Su figura se ha afantasmado, a tal punto que mis recuerdos parecen comenzar a olvidar sus rasgos. Anoche, con el recio aguacero que hoy todos comentamos, me ocurrió que al llamarla en el mismo sitio donde la vi por primera

.





vez, apuró el paso confusa y temerosa. Por un instante tuve la súbita sospecha de que olvidada por completo de mí y con algún temor, escuchó la vaga alusión de una extraña e irreconocible voz que desde la otra acera se empeñaba en llamarla de un modo que parecía más un piropo, que un nombre: Linda, Linda a secas.





Miyó

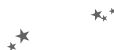
Toda la noche, sentada sobre el duro diván de madera, a la luz de un fanal, observó el lento fuelle de la respiración. La frágil hilatura de la voz se había roto muy cerca de las nueve con el último llamado: “Miyóoo...” Pegó su oído muy cerca de aquella boca agitada y escuchó como el rumor de unas aguas regresando. O al menos así le pareció. Supo entonces que aquella mujer no volvería a llamarla. Comprobó en las débiles pulsiones del cuello los finales esfuerzos de la vida y abrigó con una manta los hombros descubiertos. En lo sucesivo, por el resto de la noche, estaría animada con su propia sombra: una temblorosa proyección chinesca sobre la pared desnuda, levantada a intervalos del diván, llevada por sus pasos hasta la ventana y devuelta, casi levitante, al asiento.

Por la mañana, con la veladura del polvo en las cortinas y las areniskas de llanto entre los párpados, Miyó encontró un esqueleto en un cajón al fondo del guardarropa. Había tomado la decisión de vestir a la anciana mujer, aún cálida, con el traje de los domingos y por ello abrió el armario habitualmente oculto a sus ojos. La osamenta, muy pequeña, yacía como un simple espantajo en el fondo de una caja de madera con doble cerradura; llevaba ropas de satén de un rosa marchito, raídas como los encajes. Conservaba aún las alas de cartón afelpadas por minucias de papel de Armenia y una diadema de





satén coronando la calvicie marfileña. Aquello fue ver el contenido y cerrar la tapa con la misma sensación de escrupulosa ausencia con que se figonea lo ajeno, lo ininteligible, lo que no corresponde ver, lo privativo. Miyó se abstraigo en la confusión de algunas ideas: siempre fue extraña esa manera de vivir en el retiro, en el lado menos concurrido de una casa ganada por la inutilidad de los objetos; sin más decoros que la molicie y las averías del tiempo. Dicho de otro modo: con la soledad de una mujer, a quien invariablemente hallaba inmersa en un monólogo incomprensible, en el que ella, Miyó, participaba pocas veces. Así fue siempre. Desde aquella lejana tarde de sus fiebres y terrores infantiles; cuando lo externo quedó oculto a sus ojos impávidos, su madre fue un ser taciturno. De cuando en cuando, se sentía disminuida en medio del llanto de quien, en no pocas ocasiones, parecía ignorarla o estar sorda. “Madre, no llores”. “Madre, por qué callas y pareces perdida, ignorándome”. A veces, la respuesta era sólo un inquirir dubitativo, una abreviada consonancia del cascado vagido y en medio de él, su propio nombre: “¿Miyó, serás tú?” Y luego el aislamiento, la invisibilidad, su desamparo; el saberse aherrojada en la certidumbre de un estrecho lugar, sin esperanzas ni deseos ni ambiciones de salida ni otras gentes para entender su abandono. Sólo la situación escindida, arrinconada, casi ajena, de las lluvias en los contornos de la casa, y su madre, la mujer recia en la mañana, desmadejada en las tardes, hundida en soliloquios, con aquél, su nombre en los labios, “Miyó...” como un objeto más, rebotando su extravío en la nada de un territorio aromado por canicas de naftalina. Abrió otro baúl de forjados bordes de cobre y vio en su interior los pliegues del claro algodón estampado con lunares negros.





Por años, esas ropas habían vestido a la mujer ahora muerta. Cada domingo, en el perchero colgaba el luto de la semana y se echaba encima aquel atavío. Por años, cada semana, el negro absoluto se volatilizaba y emergía en perfectos círculos sobre el blanco tejido. Sí, la suave tela que alisaban sus manos había, con rigor, cumplido un ritual. Era tiempo de cubrir a la madre con las únicas ropas alegres de un ajuar que por más de medio siglo habían hecho persistente el recuerdo de una hija olvidada en un cajón, al fondo del guardarropa.





Ojos de culebra brava

Al salir de Maiparú, lo hacemos por puro instinto y por la vía que la intuición nos señala. No nos gusta el pueblo, ni el desierto de su sola calle. Próximos a salir, vemos, despidiéndonos o saludándonos -¿cómo saberlo si pasamos de largo?- a un hombre con la piel seca y agrietada como la corteza de un árbol.

De cualquier modo avanzamos a ciegas. No es exagerado reconocer que las afueras de estos pueblos suelen ser más agradables por su salida. Aunque ya lejos de ellos, sus caminos se torman agónicos y la desesperanza prende en nuestro ánimo como una infección tropical. Parecidos entre sí, es fácil confundirse, perderse en sus endiablados laberintos.

Rodamos bajo la amenaza del temporal. La ruta, tiene ese aspecto anacrónico, dramático de los caminos que se pierden. El odómetro, registra un recorrido de 40 kilómetros y el Cuyuní se nos antoja extraviado en algún punto impreciso de esta frontera. Sobre la tolva se bambolea la balsa y los aparejos de pesca. El tiempo lo medimos por hitos referenciales: un otero, un vuelo de garzas que regresan. No todo es tan aciago en este viaje. A respetable distancia se plantan las palmeras que alguna mano sembró a cordel. Un solitario arbusto, un túnel de fronda o un pájaro -no exagero- son rarezas del paisaje.





Sabemos que el tiempo cuenta como siempre. Son las cinco y en esta llanura, entre amagos de invierno y tronar de relámpagos, no tardará la noche en echársenos encima. No, no nos asusta la noche. Nos preocupa el lodazal y esta tierra arrasada por donde es casi seguro que la lluvia forme sus ríadas. Le tememos a esta insólita brisa con su aroma de extravío y al bache que probablemente se trague una rueda o la camioneta entera, con nosotros adentro.

Hacia el Este, las nubes se tiñen de negro, mientras crece el desaliento que obviamente llamamos. La idea de negarme a la compañía del guía ahora me atormenta, pero no lo digo. Otros pensamientos similares agobiarán a mis amigos.

-Estamos locos- dice Darío. Elvis se encoge de hombros y enciende un cigarrillo. El humo lo hace llorar.

El sendero ahora es más extraño. Pudiera decirse que ya no hay camino. Adelante, la aridez se extiende indiferente. Y ya no es posible hablar del regreso.

Mientras el ceñudo esplendor de la tarde se apaga, se enciende nuestra prisa. Acelero y creo ver un árbol al borde del horizonte. Nos acercamos a él presumiendo un espejismo.

-Aléjate -dice Elvis, asustado- no nos mate un rayo.

-No pararé- le digo.

El árbol se agranda. Ha dejado de ser un punto minúsculo, acastañado en el yermo. Sus ramas se inclinan al suelo, reverentes. Detrás de ellas, como una ilusión aparecen dos siluetas de mujer, recortadas por las sombras.

Paramos en el acto. Una de ellas viene hacia nosotros. Trae un vestido de una sola pieza. Se inclina hacia adelante, levemente. Detallamos cuánto contrasta con el lugar. No podemos relacionarla con el paisaje ni con quien la acompaña.





-¿Para dónde van a estas horas?- pregunta.

-Buscamos el Cuyuní. ¿Es éste el camino?

-Están cerca. Más adelante, como a 5 minutos de aquí, crucen a la izquierda. Lo hallarán de frente.

-¿Y para dónde va usted?- interrogo yo.

-Para Maiparú, si no llueve.

-Cuídese de los rayos- alerta Elvis.

Sin más preguntas le agradecemos la información y arrancarnos. Un cruce más adelante, un giro a la izquierda y estaremos a orillas del río. Por el retrovisor veo a la muchacha decirnos adiós con la mano.

No pude retener por más segundos el comentario.

- Qué extraño magnetismo el de la muchacha.

- Ojos de culebra brava- dice Elvis, certero.

- Ojos de culebra brava...- corrobora Darío.

Al avanzar un corto trecho el aguacero cae repentinamente, y su inusitada reciedumbre no es pretexto. Freno con presteza y giro para regresar al sitio donde las mujeres comienzan a mojarse. Me asalta la imagen de un rayo, abatiéndolas bajo el árbol. Los tres, es tácito, estamos de acuerdo. Ellos, como yo, queremos recreamos de nuevo en esa mirada. ¿Cuántos segundos han transcurrido desde que nos despidiera con la mano? No más de un minuto. Llegamos y el árbol está solo. Nadie bajo sus ramas. El aguacero, ciertamente es recio, pero no hay aquí otro lugar para protegerse. Estoy seguro que al virar, las mujeres aún eran visibles. Darío también así lo piensa. Ningún otro punto en muchas leguas a la redonda. ¿Qué diablos se hicieron? No lo sabemos. Estamos convencidos de haberlas visto, de escuchar a la más joven, pero dos minutos después estamos dudándolo. Obviamente, en este breve lapso muchas cosas han cambiado en el paisaje: la lluvia





con sus violentas lianas desmadeja la visión; el granadillo,
otrora un árbol, hecho un guiñapo. Dos mujeres han sido
arrancadas inexplicablemente del mundo por el aguacero
y un rostro difuminado yace perdido en la memoria de
tres.





Padre el redivivo

Al ahogar el último aliento, por sus ojos asomó aquel verdor denso de laguna. Sus labios blancos, heridos por el último grito, rezumaban todavía por las comisuras un hilillo cárdeno. Las sienes plateadas, tenían aún el brillo digno y elegante que tanto gustaba a mis hermanas. Se fue así, en un santiamén. Sin tiempo para cubrir su desnudez.

Madre, quien desde sus años mozos, le había llorado abandonos, infidelidades y otras culpas, decidió para esta ocasión guardar sus lágrimas. Se plantó en medio de la sala de emergencias y nos advirtió a todos: “Aquí, en casa, ni en el cementerio quiero verlos llorar”. Así que decidimos tragarnos el dolor Y las lágrimas, que tantas voces plañideras acompañan, fueron vertidas por todos cada noche siguiente, en soledad bajo la ducha.

La tarde del sepelio era muy clara. Ni una nube, ni un amago de lluvia para mitigar tanto sol. El temporal lo sabíamos adentro, mojándonos todo, menos la rabia.

Al llegar del cementerio, nadie se detuvo en la sala. Todos subimos la escalera de las habitaciones y separados por la pena, atizamos el llanto retenido, sobre las almohadas.

Al día siguiente con el desayuno, nos sorprendió aquel canto destemplado. Un gallo había cantado en nuestro patio. Y lo había hecho a destiempo. Todos nos miramos en silencio y Madre, que adivinó nuestra extrañeza, aclaró el incidente sin dilaciones: “Es el gallo que trajo su papá





para el almuerzo del domingo”. Lola dejó el bocado, corrió la silla y subió apresurada hacia su cuarto. Los demás, nos quedamos ante la mesa, esperando nada, pues perdimos el apetito.

El gallo estuvo cantando largamente. Amarrado de una pata a la columna del sotechado, el animal arrancó tardíamente su concierto y no paraba. Hasta que Madre llegó con una bolsa de maíz y lanzó varios puñados a su vera. El gallo calló de pronto y empezó a picotear el alimento.

Esa misma mañana las escuché discutir. Madre decía: “Estás trastornada, muchacha, ¿cómo va a ser eso tu padre?” Y Lola aclaraba: “No me refiero a su cuerpo, hablo de su espíritu”. “Bueno, de cualquier manera -puntualizaba Madre- ese gallo se muere el domingo”.

Aquella tarde nuestra familia se dividió literalmente. Unos apostábamos por la vida del gallo, otros por su muerte. Para éstos, se cumpliría así un deseo póstumo y los argumentos restantes eran heréticos y poco menos que respetuosos a la memoria de Padre. Lola me había llamado a hurtadillas. Me habló de la revelación de su sueño: Padre había llegado de su muerte y le había pedido quedarse entre nosotros. Pero temía volver a instalarse en aquel cuerpo afectado por la ruina. Lola rogaba olvidar sus temores. Ofrecía sus manos para enjugar cada poro adolorido. Su tiempo todo, para atender aquel regreso sin escatimos. Padre se negaba a hacerlo. Su pudor ofendido lo impedía. Lola le veía irse, transmutado en el viento y alcanzó a oírle: “Volveré bajo otra forma. Espérame... me reconocerás por mi canto”. Lola lloraba. Su dolor todo parecía atenuarse en la idea de salvar al gallo. Yo la entendía. Finalmente Madre aceptó la tragedia de Lola y selló el dilema con esta frase lapidaria: “Te haces cargo de él y de su aseo”.





Durante los días siguientes era patético ver a Lola sigilosa, yendo hasta el sotechado. Confieso que en la mayoría de nosotros nutrió la morbosa curiosidad por conocer el fondo de aquellos diálogos entre Lola y Padre, el redivivo plumífero que cada mañana, puntualmente entonaba su alegre quiquiriquí en nuestra casa. Madre veía a la hija en estos trances cotidianos y su mirada dejaba aflorar una desolación que parecía afectarla más que el luto puesto.



Lo cierto es que era lógico ver a Lola en su paciente afán de seguir respetuosa los pasos de Padre el redivivo, por casa. Verle con coleteo y tobo, aseando cada rincón, cada cuarto, cada silla, cada mantel. Era corriente observarla entretenerse en una discusión sobre los derechos de Padre para transitar libremente por cada área de la casa. “A fin de cuentas estas paredes las hizo él solo, con su trabajo”. Era habitual verle llegar del mercado con aquella bolsa de maíz bajo el brazo.

Así las cosas, Padre comenzó a mostrar algunos cambios con los días. Se hizo más grande, más pesado y más cantarino. Algunas veces lo vimos cruzar puerta adentro como alma que lleva el diablo, escapando del atropello de algún carro o de algún perro del vecindario. O saltando alguna cerca con la destreza de sus alas.

A Madre le dije un día por pura broma: “Padre te las está jugando con una gallina del vecino” y por poco no recibí una pócima de su mal humor.

Lo definitivo, es que Padre el redivivo había vuelto a sus andanzas de hombre o de gallo -¿cómo saberlo?- y la pobre Lola pasaba ahora una buena parte de su tiempo, buscándolo en casa de los vecinos y respondiendo por sus daños.

Un sábado al mediodía prendió nuevamente el alboroto. Madre, cansada de tanto olor a gallinero dentro de casa,





decidió encarar la situación: “O sacas el animal o te lo preparo para esta tarde”. Fue inútil cualquier discurso conciliatorio. Madre se aferró a su idea de botar a Padre del hogar y la pobre Lola no tuvo más remedio que mudarse con el paterno ejemplar gallináceo a casa de una de nuestras primas del campo.

Ocho días después Lola regresó hecha un nudo de llanto: Padre había llegado por sus propios medios hasta el gallinero de una familia vecina, dispuesto a ejercer la jefatura del patio. Pero allí le estaba esperando otro gallo. Primero rehuyeron el probable enfrentamiento. Después los dos tercios se liaron en franca algarabía de gallinas y polluelos y finalmente una certera espuela del contrario devolvió a Padre a la muerte. Su desencarnación, esta vez, había sido menos digna de sí, más desolada.





El reino de la sombra verde

I

Vivo en Liu-Ta, conurbación de dos ciudades importantes del noreste de China, Lüshun (antigua Port Arthur) y Dalian, antigua Dairen. Lüda, como la denominan ustedes los occidentales, está situada en el extremo meridional de la península de Liaodong. Desde 1984 es una de las catorce áreas de China de mayor apertura para la inversión extranjera.

Mi casa está en el lado más oriental de Lüda. Desde el jardín pudieras ver los barcos de gran calado salir del puerto. Las aguas ocreas del Huang Hai cada amanecer se tornan doradas con el sol. Mi primo Li Wo Shikai vino ayer, antes del ocaso, a saludar a mi madre y a invitarme a visitar este sábado la isla de los melocotoneros, un lugar de verdor en el centro de Dairen, propiedad de un tal Ho Tse Ming.

Li Wo Shikai quiere llevarme a ese lugar porque hace algún tiempo se mostró interesado en conocer personalmente el ritual budista del *shōmyō*. Ustedes saben que Liu-Ta fue hasta hace más o menos 50 años posesión de Japón. De allí que, con cierto denuedo clandestino, esta ceremonia nipona se quedó entre nosotros. El señor Ho, me dice el primo, va a servirnos de intérprete. Sabremos por él el significado del himno y el sentido de esos cantos que

.



entre flores esparcidas alaban la voz de Buda y la montaña
sagrada en el centro del mundo.

II

Quisiera hablarles un poco de mi conurbación y de mis orígenes. Lui-Ta, como creo haber dicho antes, es una ciudad portuaria, con un tráfico comercial apenas superado por Shanghai. Solemos mirar las aguas amarillas de nuestro mar con la misma emoción con que miramos el territorio continental. Allí, muy cerca, al noreste, están Japón, Hong Kong, Corea y el resto del mundo. Desde aquí se exporta el petróleo de Daqing, un campo petrolero de la provincia de Manchuria. Los ruidos de mi ciudad no son los de esas urbes gregarias del resto de China. Diría para ser exacto, que aquí los rumores urbanos son acallados por la aglomeración industrial. Verás, Lui-Ta produce todo lo imaginable: maquinaria, locomotoras eléctricas, alimentos envasados, textiles; magnesio, cobre, plomo, asbesto y piedra caliza. Las mejores orejas de mar, camarones y vieiras llegan a nuestros puertos pesqueros. No puedo pasar por alto nuestros astilleros. También aquí se fabrican barcos, barcos enormes, pintados de azul cobáltico, rojo y amarillo.

Dalian, donde vive el señor Ho, es otro mundo. Es el lado menos denso, menos poblado, y por ello, el más limpio y ordenado. Todo el año es la atracción de los turistas que gustan de visitar sus excelentes hoteles, sus playas y parques.

Yo soy el más chico de casa. Nací hace unos 10 años y cosa extraña, no puedo decirte qué tamaño he alcanzado ni cuál es mi aspecto ahora. Tengo un nombre sonoro, como de campana, que por cierto escucho cada vez con menos



frecuencia: Tin. Desde que sufrí los primeros mareos de mi enfermedad me gusta ocupar un lugar muy cercano a la ventana. Desde aquí tengo una visión periférica de la sala y del camino del tren. Mi madre, Yuan Tsi Mai, suele traerme un crisantemo rojo recién cortado cada tarde con la misma dulzura de siempre, y me dice: “Querido Li Wo Tin, niño mío, tu flor..”

III

Es sábado y muy temprano. Li Wo Shikai entró ruidoso y no pudo evadir la invitación de mi madre a tomar el té caliente de la primera hora. En ese momento tuve la fantasía de sentarme en medio de los dos y aspirar el dulce aroma verde de aquella infusión. Se habló muy poco. La brisa del verano entraba por el ventanal y movía ligeramente la colgante lámpara de papel de seda. Mi madre le dijo a Shikai “Cuida bien de él”.

La calle de mi casa es ancha y sombría. El aroma de los naranjos está disuelto en el aire y verde es la hiedra de las bardas. El tren llega con la impaciencia de otros años. Se detiene un instante y es necesario agolparse en tropel frente a sus puertas que sólo se abren un minuto.

Vemos las aguas rubias del Huang Hai, las olas estallando en espumas doradas sobre las rocas, las llamaradas en las chimeneas fabriles y el interminable cambio de la arquitectura de una ciudad que sigue creciendo.

IV

La propiedad del señor Ho Tse Ming ocupa el área de una manzana. Es un palacio en medio de un territorio





circular sembrado de frutales. Mi primo lo llama *la isla de los melocotoneros*, pero junto a un seto, en la entrada, hay un letrero que dice: *Reino de la sombra verde*. Un portalón en arco de la última etapa Qing está abierto. A nuestra vista se amplía la terraza decorada con pilares de piedra caliza y azulejos de Manchuria.

El señor Ho es un anciano de barbas encanecidas y aspecto venerable. Está sentado bajo una pérgola con techumbre de camelias y un fondo de extrañas flores de loto que dice haber traído de Penglai Shan. Ese lugar parece haber sobrevivido su inmanencia legendaria. El señor Ho nos dice cómo llegó a la tierra de los Ocho inmortales. “El licor mágico de Lingling, una mujer que abandonó el tao de Lao-tsé y Zuang-zi, me iluminó y pude encontrar en medio del mar esa isla. Fue fácil traer conmigo las flores de inmortalidad. Me volví serpiente, mordí con veneno de desamor a la bella joven He Xiangyu, y a cambio del antídoto, Lu Dongbin, su enamorado, me dio las semillas.”

Al fondo están los oficiantes del ceremonial, veintiséis monjes de la Tierra pura; la esposa del señor Ho, su hija Beibei y un profesor de la universidad de Beijin de nombre Zhuge Xianzhong. Uno de los oficiantes, un monje de cabeza afeitada al rape, vestido con una túnica naranja sin costuras nos hace una reverencia antes de hablar. Ha unido previamente sus manos, las ha elevado hasta su frente y luego se ha sentado sobre sus piernas. Inicia la ceremonia hablando de la iluminación de Buda y de las Cuatro Nobles Verdades: la vida es sufrimiento; las causas de éste: el apego a las cosas materiales y la codicia como fuentes de la ansiedad; y su fin: la superación de la ignorancia, la ruptura de las ataduras mundanas y la Óctuple Senda o camino de las ocho Etapas como tránsito



Terminal. Después escucharíamos el cántico del *shômyô*, muy parecido a los cantos gregorianos que gustan tanto en occidente: era extraordinaria aquella polifonía de voces en la mañana. Los ruiseñores de las arboledas enmudecieron y tuve la impresión de ver por un instante, aliviados de rubor, a los melocotones.

Aquella ceremonia duró poco. El señor Ho advirtió por la brisa áspera del noreste la inminente llegada del monzón y nos invitó a darle término. “Volveremos a vernos muy pronto” le dijo a Li Wo Shikai. Éste asintió mientras ajustaba la botonadura del impermeable y me colocaba en el bolsillo interno de su gabán.

“¿Y quién es el chico de la fotografía?” le preguntó señalándome.

“Es mi primo Li Wo Tin, murió hace hoy cinco años. Quería darle un paseo y mostrarle tu isla de melocotoneros.”



ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES GRÁFICOS
DE LA IMPRENTA DE MÉRIDA, C.A.



EN SEPTIEMBRE DE 2008
Teléf. 0274-4165625 / 2510321
Calle 20 entre Avenidas 6 y 7
imprentamerida@yahoo.es
Mérida - Venezuela
1500 Ejemplares
Papel: Creamy & Portada: Glassé 250

